

(Carta de Marcelino el 6 de Junio de 1998)

**A Carlos, hermano entrañable,  
la gracia y la paz de Jesús, el crucificado Señor de la gloria,  
nuestra única suficiencia, nuestra entera bienaventuranza.**

Siempre los había llamado hermanos (Mc 3,31-35p). Pero en la última cena, al entrar en la hora, después de lavarles los pies y partírles el pan los llamó hijos: “hijos pequeños míos (Jn 13,33a). Les amaba con el mismo cariño entrañable del Padre (Jn 17,12 c). Ellos no salían de su asombro. Pero se asombraron más todavía, cuando los llamó amigos, como se atrevió a llamar a los publicanos y a los pecadores, que seguramente era a los que más quería (Mt 9,10-11; 11,19) “Vosotros sois mis amigos... A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15,14a.15b). Amigos añade a hermanos la infinita confianza de poder confiarles a corazón abierto el último secreto (¡) de sus entrañas, el último secreto del corazón del Padre. Entregar a su Hijo, único y amado, en el madero de los criminales por la vida del mundo para inaugurar ahora el paraíso, en la tierra de tinieblas y sombras de muerte (Jn 3,11.13).

“Efectivamente, así amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único” (Jn 3,16; 1Jn 4, 9.11; Rom 5,8; 8,32) Pues el Padre no ha enviado a su Hijo con el propósito de juzgar y condenar al mundo, sino para salvar al mundo, para que no perezca ninguno de los hermanos y ninguna de las criaturas, sino que tengan la vida misma del Hijo, su vida interminable. Era un secreto espantoso. Es que parecía que el mundo no tenía salida, que no era posible la libertad, y menos aún la redención; que no era posible la justicia, y menos aún la reconciliación; que no era posible la alegría, y menos aún la plenitud. La pelea de Caín y Abel convirtió el universo en el señorío del maligno, pues todos se pusieron en manos del Príncipe de este mundo. Como no se puede servir a dos señores, a Dios y al dinero (Mt 6,24p), ellos, pensando que si tomaban otra ruta se iban a caer tirados en la cuneta por la maldición de la exclusión, se pasaron al Príncipe que les aseguraba la ciudadanía y el porvenir. Los primeros hermanos, divididos y perseguidos, al mirar desde el cenáculo, pensaban a veces que la noche era insuperable (1Jn 5,19; 2,16 / Gal 1,4; 5,19-21 / cf. Rom. 1,18-32).

¿Cómo es que había que salir a los caminos del mundo para poner la mesa de la alegría? Sí, se lo repetía con el cariño de las entrañas. Enraizados en sus entrañas (Jn 15,1-8), apiñados en su aliento (Jn 15,9-13), tenían que salir al universo entero para celebrar en el monte las fiestas de las bodas del Hijo (Jn 2,1-12 / 2,13-23 / 19,28-37), la fiesta de la jubilosa alegría donde se secarían las lágrimas de todos los rostros (Jn 15,14-16; cf. Is 25, 5-9; 1Cor 15,26; Ap 7,17; 21,4) ¡“Que no se pierda ninguno de los que me diste” se lo oía de vez en cuando decir (Jn 6,37-39; 3,35; 10,28-29; 17,12; 11,52; 20, 16) “ Y yo, cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). La travesía del madero sería la victoria de la plenitud de la gracia sobre la gracia, la mesa de la travesía, la senda de la travesía, el horizonte del por-venir, la mesa consumada ya en arras y en primicias (Jn 19,28-37), ¡“Ecce Homo”! ¡“Ecce Rex”! (Jn 19,5a; 19,14c); ¡Tendrán que mirarle si quieren ser hombres! “Mirarán al primogénito y al que traspasaron” (Jn 19,37; 1,16).

Era el momento de descifrarles este secreto, pues también ellos tendrán que entrar con El, en la travesía, en comunión ilimitada de destino: “Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas” (Lc 22,28; Jn 15,27). Esta travesía, necesariamente estará marcada por la más enérgica persecución. El mundo odia a los

hermanos de Jesús. En principio intentará someterlos a su señorío, ganándolos a su propio terreno por la seducción, que lleva al enfrentamiento en el corazón de la fraternidad. Pero si no se arrodillan ante el mundo, se verán expuestos al riesgo de las críticas, los desprecios, los golpes y hasta la misma muerte. “Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado primero... Porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso el mundo os odia” (Jn 15,18; 15,19b). Odiados y perseguidos en el mundo (Jn 15,18-24), incluso excluidos y asesinados en la sinagoga (16,1-4). Les matarán sus mismos hermanos pensando que harán un servicio a Dios. Ellos sienten miedo y tristeza hasta el fondo. “No se turbe vuestro corazón” (Jn 14,1) “Por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza” (Jn 16,6). ¡Como no podía ser de otra manera; Poco después “abandonándolo, huyeron todos” (Mc 14,50).

La hora del amor consumado (Jn 13,1b; 19,30a), es la victoria de la gracia consumada en la verdad. Precisamente entonces, cuando el mundo no le conoció y los suyos no le recibieron (Jn 1,10b.12a), precisamente entonces, “la Palabra llegó a ser carne y puso su tienda entre nosotros y hemos visto su gloria, la gloria del Hijo que viene del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14). La misericordia de las entrañas del padre no solo se consume cuando abraza al hijo perdido cubriéndole de besos (Lc 15,16.20), sino cuando el mismo padre se deja asesinar por su hijo que le clava el cuchillo en su corazón (Lc 24,34.46). La fidelidad es la consumación victoriosa de la misericordia, la verdad de la plenitud consumada de la gracia. Por eso Juan, del discípulo que se recostó en las entrañas de Jesús, como él se recostó en las entrañas del Padre (Jn 13,23 / 1,18), llamó al Hijo del Amor, en el que el Padre nos lo dio todo y nos lo dijo todo, la verdad misma, la misma fidelidad. El Padre es el verdadero, porque se nos ha desentrañado y desvelado verdaderamente en la fidelidad, de darnos en el madero a su Hijo único (Jn 3,33; 7,28; 8,26; 17,3; 1Jn 5,20). El Hijo, que es la plenitud de la gracia, se entregará en la travesía como plenitud de la verdad sucedida (Jn 1,14-17). Él, en su travesía desde el corazón del Padre al corazón del Padre, cambiando el campo de guerra en mesa común, (Jn 16,28; 13,1), es el camino de la verdad, la verdad misma hecha camino, que se hace vida pasándonos a su vida misma. “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6) El camino nuevo y vivo abierto por él para nosotros, a través del velo, es decir <de las heridas> de su cuerpo” (Hb10,20). Así, en medio del señorío del Príncipe de este mundo, se pondrá la mesa de la alegría, en el pan roto y la sangre vertida. No por el poder, ni por las disputas de alternativas mesiánicas, sino solo por la verdad de la gracia. “Mi reino no es de este mundo”. “Sí... yo soy rey” yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha n. mi voz” (Jn 18,36a.37). Pilato deja pasar la verdad con ironía: “¿Qué es la verdad?” (Jn 18,38c); el pequeño discípulo, al ver el corazón traspasado de la verdad misma, “levantes de la aurora”, confiesa “la verdad” (Jn 19,35b).

¿Podrán los hermanos pequeños de Jesús, sus hijos y sus amigos, entrar con él, en comunión ilimitada de destino a su consumación y re-velación de su verdad? Así se lo pedía Él al Padre: “Como tú me has enviado al mundo, así también yo les he enviado al mundo” (Jn 17,18; 10,36; 20,21). “Enciéndelos de amor en la verdad. Tu Palabra (tu mismo Hijo) es la verdad <la verdad misma>. “Yo por ellos me consagro <me entrego por entero a tu amor>, para que también ellos sean consagrados <encendidos, incendiados, consumados de amor> en la verdad <en la fidelidad> (Jn 17,17.19; 8.32). Jesús, que les amaba desde el corazón del Padre, se atreve a decirles una palabra que nunca les había dicho. Todos ellos también habían visto muchas veces a los padres, que acompañan a sus hijos pequeños, llevándolos de la mano y cuando son mayores

poniéndoles la mano sobre el hombro. Esa mano abierta y encendida que es aliento y luz, defensa y consuelo. Fortaleza y júbilo. En realidad Él había sido para ellos el Paráclito (Jn 14,16a; 1Jn 2,1; Jn 12,2; 6,39; 10,25). Pero en la travesía, cuando el abrazo y el aliento del amor del Espíritu, que el Padre le dio, para que Él se lo diera a ellos, se desentrañe por la herida de su costado, y el aliento de los labios (Jn 19,30b.34), entonces aparecen sus manos abiertas, heridas y encendidas, que harán de mesa y de cayado (Jn 21,9-14 / 21,15-19). Ya con todo el aliento de la gracia de su misericordia consumada en la verdad de su fidelidad, una forma más viva, fuerte, íntima, transformante de su presencia ya en esas manos de barro nuestro, encendidas en el abrazo que el Padre le da y el da al Padre, al llegar a su derecha para ponerse a la cabeza nuestra (Jn 16,7; Act 2,32). No hay que temer, pues, la travesía de la noche. Amanece la aurora incontenible.

“Cuando venga el Paráclito, que ya os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo (Jn 15,26-27). “Os digo a vosotros la verdad” (Jn 16,7). “Y cuando venga Él (ἐλέγξει) argüirá <y logrará convencer> al mundo en la cuestión de la justicia y en la cuestión de la condena” (Jn 16,8). El Paráclito en ellos se enfrentará con el mundo en debate público, conflictivo y arriesgado a muerte. La gran cuestión disputada será la muerte en cruz del Hijo del amor, el escándalo insuperable. “¿Pa qué vale”?, dicen hasta los pobres. El puñado de discípulos sostenidos por la mano abierta, herida y encendida, responderá con el testimonio de su vida y de su palabra. “¿Quién es el que ha pecado <περὶ ἀμαρτίας>?”. “En lo referente al pecado, porque no creen en mí” (Jn 16,9). Aunque era de noche la luz brillaba, sin poder apagarse. Pero nosotros no quisimos acercarnos para no ser desenmascarados (Jn 1,4-5; 3,18; 8,24; 15,22). También responderán, alentados y sostenidos por el Paráclito, en testimonio y vida, la segunda pregunta en el debate de la “crisis” del mundo. “¿Quién es en realidad el que está abriendo los caminos de la justicia en el mundo <περὶ δικαιοσύνης>?”. Él, en la fidelidad de la gracia, con sus manos abiertas y heridas es el único que ha arrancado (¡) las cadenas y derribado el muro. Aunque se haya abierto paso “sin dejar rastro de sus huellas”, caerán de rodillas ante Él, los cielos, la tierra y los abismos. “En lo referente a la justicia, porque me voy al Padre y ya no me veréis” (Jn 16,10; cf. 5,28; 16,19; 20,29; 13,33). Y por fin el pequeño y reducido puñado de hermanos, alentados y sostenidos por el Paráclito, en testimonio y vida, a la última pregunta del debate. ¿Quién ha sido derrotado? ¿A quién pertenece verdaderamente el futuro de la humanidad, del universo y de la historia? ¿Quién tiene en sus manos el destino final de la plenitud de la historia? ¿Quién ha abierto la puerta que nadie puede cerrar? “En cuanto a la condena <a los ojos está>, porque el Príncipe de este mundo está condenado (περὶ κρίσεως)”. “Ahora es la crisis de este mundo, Ahora el Príncipe de este mundo ha sido arrojado fuera” (Jn 12,31 cf 14,30; 16,11; 1Cor 2,6; 2Cor 4,4; Ef 2,2; Lc 10,18; 3,14). “Y cuando Yo <suba al madero> sea levantado <y encumbrado> sobre la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Jn 12,32; 13,31; 7,39; 12,16.23.28; 17,1.4.5; cf. esp. Fil 2,6-11 Apoc. 15,3-4 / Ef 1,3-10 / Apoc 4,11; 5,9.10.12 / Col 1,12-20 / Apoc 11,17-18; 12,10b-12a).

El camino de la misión en testimonio (Jn 17,11-28) depende de la unidad de la fraternidad (Jn 17,11b.20.23/6-10) y la unanimidad de la fraternidad depende de la experiencia viva de la intimidad con el Padre, por el Hijo, en el Espíritu (Jn 17,1-5;24-26). La anchura de la hondura, la hondura de la altura. De abismo en abismo. Toda la caridad pastoral mana del sacrificio eucarístico, pero no puede acogerse, si no nos entregamos cada vez más íntimamente a la oración silenciosa, para dejarnos arrastrar al abismo originario, la comunión en el seno del Padre, para mamar del Hijo único en el

aliento del Espíritu (1Jn 1,1-4; cf. PO. 14) “Muchas cosas tengo todavía que deciros, pero no podéis con ellas por ahora (βαστάζειν levantar, cargarse, sobre-llevar, so-portar)”. Los hermanos no pueden soportar todavía la Fidelidad consumada, la verdad plena. “Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará, yendo delante de vosotros en la verdad plena, hacia la verdad consumada (Jn 16,12-13a). Bajo su mano podréis rastrear en las pequeñas sendas, la tierra nueva del por-venir. El “os anunciará lo que ha de “venir” (Jn 16,13b). ¡“Qué bien se yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche”. Del Padre, por el Hijo, en el Espíritu arde el fuego, el pan y la copa sobre la mesa. “Aquesta eterna fonte está escondida en este vivo pan por darnos vida, aunque es de noche”. De la eucaristía a la Trinidad, el abismo para rastrear todos los abismos. “El Paráclito, el Espíritu de la verdad, no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga”. “Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os la anunciará a vosotros”. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros” (Jn 16,13b.14-15). “Padre, quiero que donde yo estoy, estén también ellos conmigo, pues que vean la gloria que tú me diste porque los amas a ellos como me has amado a mí”. “Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo daré a conocer, para que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en ellos” (Jn 17,24c.23b.26).

“¿No os acordáis de lo pasado ni caéis en la cuenta de lo antiguo? Pues bien, he aquí que está brotando algo nuevo; ya está germinando. ¿No lo notáis?” (Is 43,18-19; 51,6; 65,17; 66,22// 2Cor 5,17; Apoc 21,1). ¡Gérmenes de los cielos nuevos y la tierra nueva donde habita la justicia! (Is 65,17; Apoc 21,1; 2Ped 3,13). Ya escuchamos los gemidos de la humanidad y del universo. Ya, en la misma fraternidad escuchamos también los mismos gemidos: es en la mesa pascual donde se oyen con dolor y alegría, con lágrimas, con llanto y gozo al mismo tiempo. Son gemidos inenarrables. Maranatha. Abbá. Amen. Aleluya. (Rom 8,14-30) “¡Oh noche amable más que la alborada! ¡Oh noche iluminada por mi gozo!”. Ahora, cuando la noche se echa encima, es señal de que su ardiente oscuridad será sobre-desbordada mucho más aún por una novedad de gracia, inédita e inaudita (Rom 5,20; cf. Rom 5,1-21; 8,31-39). “En verdad, en verdad os digo, vosotros lloraréis y gemiréis y el mundo se alegrará. Vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría... Ahora estáis tristes, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie podrá arrancaros vuestra alegría” (Jn 16,20.22). “Padre, guarda en tu nombre <guarda como padre, por tu entrañable misericordia de Padre> a los que me has dado”. “No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno”. Les digo “estas cosas en el mundo, para que tengan en sí mismos mi alegría colmada <mi alegría consumada en ellos en plenitud>” (Jn 17,15.13b; 3,29; 15,11).

“A aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, según el poder que actúa en nosotros, a Él la gloria en su Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y todos los siglos”. Amen, Amen, amen. (Ef 3,20-21)

Abrazo con “la justicia y la paz y el gozo en el Espíritu Santo (Rom 14,17), tu hermano pequeño.

Marcelino